

Bibliografía

AL ASALTO DEL CIELO

Gustavo Gordillo, *Campesinos al asalto del cielo. Una reforma agraria con autonomía, Siglo XXI Editores y Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 1988, 282 páginas.*

La historia del movimiento campesino en México ha sido objeto de numerosos estudios muy enriquecedores. Una vertiente de esas manifestaciones intelectuales producto de las luchas campesinas de los setenta es la que destaca "la naturaleza política de las demandas campesinas en su negociación o enfrentamiento por asuntos económicos con los estados".¹ La obra que aquí se reseña se inscribe en ese contexto.

Una de las regiones económicas más importantes y prósperas de la moderna agricultura mexicana es Sonora, donde en 1976 tuvo lugar un notable acontecimiento en la historia reciente de la organización campesina: el nacimiento y el desarrollo de la Coalición de Ejidos Colectivos de los Valles del Yaqui y del Mayo. La crónica y el análisis de ese movimiento es el contenido del libro que Gustavo Gordillo organiza en cinco capítulos y una presentación.

Los grandes propietarios

El paisaje económico del lugar de los hechos se caracteriza por la presencia de dos clases de agricultura: la tecnificada y activa de los grandes propietarios, por un lado; la campesina, por otro. Aunque cada una tiene sus propios ámbitos de acción, no es posible comprender la una sin la otra, pues su origen y desarrollo están fuertemente vinculados.

En el primer capítulo se describen las dos caras de esa realidad y los nexos que las unen. Se destacan las características más relevantes de la agricultura capitalista: moderna y altamente tecnificada, cuyo proceso de acumulación depende de la perfecta coincidencia de la disponibilidad de crédito seguro y barato, el abastecimiento oportuno de insumos y un mecanismo eficaz de comercialización. Para asegurar la confluencia de estos elementos, los agricultores han promovido la creación de uniones de crédito, que no sólo comprenden el otorgamiento de éste, sino también otras fases del proceso económico global.

El arrendamiento de terrenos, su acaparamiento ilegal y la consecuente inseguridad de la tenencia de la tierra han extendido la base de acumulación hacia otras actividades, como la producción de insumos, el comercio de productos agrícolas y de otra índole y la especulación financiera. Esto es, la acumulación de capital ha tenido distintas bases de sustentación: tierra y agua, crédito, comercio y finanzas. Otros dos factores que inciden de manera importante en el funcionamiento de la agricultura capitalis-

ta es su amplia capacidad de negociación frente a los organismos estatales, así como la generosa política de subsidios e incentivos gubernamentales de que es objeto, a pesar de las afirmaciones en sentido contrario de los grandes agricultores sonorenses.

El autor describe la situación del mercado de crédito, dado su papel protagónico en la prosperidad regional. En los dos últimos ciclos agrícolas de los setenta, ese servicio corrió por cuenta del Banrural (196 893 hectáreas), las uniones de crédito agrícola (159 955) y la banca privada (72 354). Los cultivos habilitados fueron trigo, soya, algodón y cártamo.

Por ese entonces existían en la región once uniones de crédito de agricultores privados y una ejidal (en la costa de Hermosillo —otra rica región en la zona— sólo funcionan cuatro privadas que habilitan 73 000 ha.). La importancia de tales uniones obedece no sólo a la extensión de la superficie habilitada, sino también a sus efectos en la diversificación de actividades (molinos de trigo, aceiteras y producción de insecticidas y fumigantes). Este fenómeno es muy acentuado entre algunas familias prominentes cuyas operaciones abarcan la producción agrícola, ganadera y de frutales; servicios bancarios, concesionarias de vehículos y actividades fabriles.

Los campesinos

Al analizar la agricultura campesina, en particular la ejidal, el autor destaca los vínculos de esas modalidades de producción con la gestión económica gubernamental. Asimismo, después de algunas consideraciones teóricas sobre el funcionamiento de las instancias del Estado y su actuación económica en los ámbitos regionales, define el ejido como una unidad de producción que es a la vez un organismo de control o de representación política.

Si el crédito es de fundamental importancia en la agricultura privada, ciertamente no lo es menos para el sector ejidal, aunque las condiciones y los efectos de su empleo sean distintos.

En los valles del Yaqui y del Mayo coexisten dos clases de ejidos: los parcelados y los colectivos. En los primeros la explotación se realiza de manera individual y con frecuencia recurriendo a asalariados. Como en la propiedad privada, aunque en otra escala, existe un acceso diferenciado a la tierra, determinado por diversos mecanismos. Hay quienes poseen 20, 40 o hasta 50 hectáreas, lo cual desempeña un papel determinante en la consecución de crédito privado y, por ende, contribuye a acentuar la diferenciación social. En el ejido parcelado también se practica el arrendamiento de predios; hay dos modalidades: cuando el poseedor recibe un pago por la tierra, que es la más tradicional, o cuando el propietario tramita un crédito y al obtenerlo cede la explotación del terreno a otro ejidatario, con la única condición de que lo haga producir.

Otros ejidatarios trabajan mediante contratos con las uniones de crédito. Éstas controlan el proceso productivo y el agricultor recibe la parte que le corresponda de los resultados. Otra forma

1. Véase Arturo Warman, "Los estudios campesinos: veinte años después", en *Comercio Exterior*, vol. 38, núm. 7, México, julio de 1988, p. 657.

de obtener crédito es la organización en sociedades solidarias, en las que los campesinos asumen como grupo el compromiso crediticio, pero el proceso de producción es individual. En este caso el acreedor se desentiende del proceso productivo.

Por su parte, los ejidos colectivos, formados después de la expropiación de tierras de 1976, se integran con jornaleros y campesinos provenientes de diversas partes del país. En la actualidad disponen de una eficaz organización para el trabajo y la distribución del producto, instancias de administración interna y políticas claras sobre la valorización de los jornales. Sin embargo, se enfrentan con problemas de desocupación. Trabajan en promedio 75 días al año, lo cual da lugar a la búsqueda de trabajo remunerado fuera del ejido; esto constituye el principal elemento de diferenciación social.

Estos ejidatarios han limitado la transferencia de excedentes hacia otros sectores mediante las uniones de crédito, que les proporcionan oportunamente ese apoyo y además les reduce los intereses. Gracias a la programación del servicio, ha sido posible, incluso, que el ejido coloque sus recursos en valores a días preestablecidos.

El autor también presenta las características de los mercados regionales de la tierra, los productos agrícolas, las mercancías de consumo popular, los insumos y la maquinaria agrícola y el crédito agrícola. El primer capítulo concluye con una expresión estadística que muestra las enormes disparidades económicas, sociales y de poder. Para ello proporciona datos sobre la calidad de la tierra, su distribución según la forma de propiedad o posesión, su empleo por cultivos, los costos de producción, el rendimiento, la ocupación y la distribución del crédito.

Los valles a la hora de la expropiación

En este capítulo el autor destaca el entorno político del país en los setenta en cuyo marco se realizó la expropiación de tierras en el noroeste. A grandes líneas señala la quiebra del modelo de desarrollo estabilizador y sus manifestaciones en el terreno de la lucha social, tanto las de origen eminentemente popular como las provenientes de la burguesía. En 1973 nació el Consejo Coordinador Empresarial (CCE) y más adelante los grupos privados lanzaron una ofensiva sustentada en la baja de la inversión y la fuga de capitales.

Los acontecimientos de la época incluyen el inicio del sexenio de Luis Echeverría y su propuesta del modelo de desarrollo compartido. La crisis agrícola —producción insuficiente, importaciones crecientes de granos básicos y recrudecimiento de los conflictos agrarios— condujo al reconocimiento gubernamental de rescatar a ese sector de su postración económica y fortalecer su papel como mecanismo de apoyo político. El nuevo régimen respondió a la arremetida del sector empresarial con la concertación del Pacto de Ocampo, que logró aglutinar junto a la institucional CNC a otras tres organizaciones campesinas independientes. Esta medida no bastó para contener la lucha por la tierra, en especial al sur de Sonora, emporio agrícola surgido en los años cuarenta y cuyo progreso se sustentó en buena medida en una favorable política estatal.

En 1975 la burguesía agrícola del noroeste organizó el Primer Encuentro Nacional de la Pequeña Propiedad, en el cual se declaró la defensa radical de la propiedad privada agraria. A partir

de entonces se produjo una serie de enfrentamientos entre los sectores campesino y agrícola, sus respectivas organizaciones y las autoridades gubernamentales municipales, estatales y federales. La batalla culminó el 19 de noviembre de 1976 con la afectación de 37 666 ha. de riego y 61 555 de agostadero y temporal. El relato detallado del proceso se ofrece en este capítulo.

El camino a la apropiación campesina

La región del sur de Sonora tiene una larga tradición de lucha por la tierra, pero el movimiento campesino de 1976 se distinguió del de otras zonas por ir más allá de la simple lucha por la tierra y el control del proceso productivo: se proponía retener y ampliar el excedente generado.

En el tercer capítulo el autor narra con abundantes detalles el nacimiento de la Coalición de Ejidos Colectivos en octubre de 1977 y sus primeras experiencias organizativas que más tarde constituyeron los puntales de su consolidación.

En la fase de apropiación del proceso productivo figuran las instancias económicas estatales (Banrural y SARH), que inicialmente organizaron el proceso de producción, y los campesinos. Sin embargo, ante las severas deficiencias que a juicio de éstos caracterizaron la gestión de esas entidades y frente a la labor mediatizadora de las centrales campesinas oficiales, los miembros de la Coalición decidieron controlar ellos mismos su trabajo y su producto. Así, en noviembre de 1978 se creó la primera instancia de la estructura orgánica: el Fondo Común, el cual también respondió a un factor externo, es decir, la Aseguradora Nacional Agrícola.

El autor describe la estructura orgánica de la Coalición. En las áreas de apoyo destaca la de planeación urbana y la de desarrollo social que desempeñarían un papel importante en el proceso de reproducción ampliada. Al abordar aspectos relativos a la organización campesina, la política económica y las prácticas sociales, pone en relieve las dificultades que se presentaron para el ejercicio verdadero de la democracia y realiza algunas consideraciones sobre las distintas posiciones de clase social que surgieron en el proceso.

Un balance y reflexiones sobre la autogestión campesina y la democracia

El análisis que presenta Gordillo en los dos últimos capítulos es básicamente de índole política. En el primero examina las medidas adoptadas, como la renovación en la dirección, el establecimiento de un Plan de Desarrollo de la Coalición 1982-1985 y la elaboración de los estatutos a la luz del surgimiento de grupos disidentes, conflictos laborales y corrientes políticas de diverso signo en el conjunto de técnicos que colaboran en la Coalición. En el segundo se estudia la presencia no siempre compatible de dos sistemas de participación política: el tradicional de democracia representativa (por ejemplo mediante el comisariado ejidal) y el de autogestión, que busca la participación directa (asamblea de los ejidos).

El autor resalta la injerencia de los poderes externos, en este caso los federales, y cómo éstos adquirieron modalidades regionales. Señala que tanto el poder central como el regional vivie-

ron modificaciones —de personas y concepciones—, por lo que el proceso de la lucha por el poder local, esto es, la autogestión, se tornó en algo sumamente complejo.

El libro de Gustavo Gordillo presenta un acontecimiento de gran importancia en la historia campesina contemporánea, en el cual la obtención de la tierra fue tan sólo el punto de partida para su ulterior desarrollo económico y su organización. Asimismo, el estudio de ese fenómeno permite visualizar de manera clara

una característica fundamental del desarrollo capitalista en el sector rural: la coexistencia de una agricultura empresarial y una campesina, dos caras de una misma realidad. Empero, quizá el mayor mérito de la obra sea la difusión de un intento de desarrollo socioeconómico autónomo que muestra que la participación y la organización en torno a un proyecto común puede conducir "al asalto del cielo". □

Elena Cabello

obras recibidas

Ikram Antaki

La cultura de los árabes, Siglo XXI Editores, México, 1989, 274 páginas.

Marshall Berman

Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad, Siglo XXI Editores, México, 1988, 386 páginas.

Diálogo Inter-Americano

Las Américas en 1989: consenso para la acción, The Aspen Institute, Washington, 1989, 93 páginas.

Alicia Gast Pineda

Efectos legales y prácticos de las Reglas de Hamburgo. El punto de vista naviero, Asociación de Armadores Marítimos Colombianos, Bogotá, 1989, 126 páginas.

John Haugeland

La inteligencia artificial, Siglo XXI Editores, México, 1988, 255 páginas.

Armando Labra (coord.)

El sector social de la economía, Siglo XXI Editores y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, México, 1988, 270 páginas.

Juan Felipe Leal y José Villaseñor

En la Revolución (1910-1917), vol. 5 de *La clase obrera en la historia de México*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, y Siglo XXI Editores, México, 1988, 382 páginas.

Jean Lojkin

La clase obrera, hoy, Siglo XXI Editores, México, 1988, 191 páginas.

René Millán

Los empresarios ante el Estado y la sociedad (crónica de un sujeto social), Siglo XXI Editores e Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1988, 194 páginas.

José Porfirio Miranda

Comunismo en la Biblia, 3a. ed. corregida, Siglo XXI Editores, México, 1988, 86 páginas.

Julio Moguel, Rosario Robles y Blanca Rubio

La época de oro y el principio de la crisis de la agricultura mexicana, 1950-1970, t. 7 de *Historia de la cuestión agraria mexicana* (coord. del tomo, Julio Moguel), Centro de Estudios del Agrarismo en México y Siglo XXI Editores, México, 1988, XII + 290 páginas.

Martaelena Negrete

Relaciones entre la Iglesia y el Estado en México, 1930-1940, El Colegio de México y Universidad Iberoamericana, México, 1988, 347 páginas.

María Noel Lapoujade

Filosofía de la imaginación, Siglo XXI Editores, México, 1988, 265 páginas.

Rodolfo Pastor

Historia de Centroamérica, El Colegio de México, México, 1988, 272 páginas.

Ruy Pérez Tamayo (coord.)

Investigación e información científicas en México, Siglo XXI Editores y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, 1988, 167 páginas.

Carlos Perzabal

Acumulación de capital e industrialización compleja en México, Centro de Investigación y Docencia Económicas y Siglo XXI Editores, México, 1988, 168 páginas.

Presidencia de la República y El Colegio de México

Los presidentes de México. Discursos políticos, 1910-1988, 5 tomos, México, 1988, 526, 431, 430, 489 y 817 páginas, respectivamente.

Armando Suárez (coord.)

Psicoanálisis y realidad, Siglo XXI Editores, México, 1989, 191 páginas.

Mario A. Trujillo Bolio (coord.)

Organización y luchas del movimiento obrero latinoamericano (1978-1987), Siglo XXI Editores y Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 1988, 297 páginas.

Menno Vellinga

Desigualdad, poder y cambio social en Monterrey, Siglo XXI Editores, México, 1988, 216 páginas. □

Esta sección tiene un carácter meramente informativo. El lector interesado en algunas de las obras aquí incluidas deberá dirigirse a librerías, bibliotecas o, en su caso, a la editorial respectiva.